



TRACK 1: THAT DAY

Tan solo llevaba una semana en Greenwich cuando él apareció en mi vida. Fue un encuentro fugaz, repentino y confuso.

Aquella ciudad del estado de Connecticut estaba a unos cuarenta minutos en tren de Manhattan, lo que me hacía sentir muy cerca del centro del universo. Aquel no solo era el lugar favorito de Hollywood para hacer caer los meteoritos exterminadores de la humanidad o desembarcar a los extraterrestres violentos, también era donde la gente marcaba la moda al pasear por sus calles y, sin duda, donde junto con Nashville se encontraban las sedes de las discográficas más importantes del país.

La casa que habían alquilado mis padres parecía un almacén de muebles con un montón de paquetes a medio abrir. Mamá estaba siempre con los ojos en blanco: un jarrón roto, una caja mal cerrada que esparcía por el suelo todo su contenido, el «maldito» cargador del móvil que no aparecía... Papá ya había comenzado en su nuevo trabajo y, cuando por aquellos días regresaba a casa, estoy segura de que se arrepentía de hacerlo y deseaba salir huyendo hacia el motel más cercano. Quizás, incluso, lamentó durante un tiempo haber dejado Essex.

Se suponía que debía poner en orden mi cuarto nuevo, pero lo que básicamente me importaba con quince años (mi colección de

CDs y vinilos) ya estaba colocado por orden alfabético en su estantería, y aquel era un precioso día de verano.

Me rodeaba una explosión de tonalidades verdes, que componían el bosque en el que a partir de entonces iba a vivir, por lo que no pude evitar escabullirme escaleras abajo hasta el porche, con la guitarra colgada al hombro y mi quinto cuaderno de letras.

—Sissi, tu ropa no se va a colocar sola en el armario, ¿sabes?

Mi hermana Nenne, a quien mis padres ayudarían todo un fin de semana en su traslado a Columbia, había sacado la cabeza por la ventana de mi cuarto para decirme esa obviedad. En lugar de contestarle, re Coloqué la guitarra entre mis brazos y comencé a jugar con las cuerdas en un punteo primitivo que en mi cabeza prometía convertirse en un buen rif.*

Estar allí era como vivir aislada del mundo, la casa más cercana se encontraba a cinco minutos en coche, pero era imposible divisarla engullida por su arboleda, al igual que el resto de las construcciones vecinas. Por aquel entonces, esa sensación de aislamiento me confortaba, pero a la vez temía que por las noches el «asesino de la sierra eléctrica» entrara en casa y nos matase a todos. Fue por ello que el ruido de un motor me sobresaltó al aproximarse por la carretera e hizo que me agarrara a mi instrumento musical como si fuera un arma defensiva. A los cinco segundos una camioneta oscura pasó por delante de casa. En la parte trasera de la Chevrolet iba sentado un chico con auriculares, al que calculé más o menos mi edad. Al volante iba otro casi idéntico, pero con unos cuantos años más y con medio brazo relajado por fuera de la ventanilla. El atractivo conductor me guiñó un ojo y un escalofrío recorrió mi columna. Me quedé inmóvil, solo pude pensar en que ambos tenían el pelo rapado al cero y la tez siniestramente pálida

* Frase musical que se repite mucho en una canción.

y, a pesar de que los dos me habían dedicado una sonrisa, sentí resquemor.

Aquella fue la primera vez que lo vi, sentada sobre el escalón con mis largas piernas ladeadas y a medio cubrir por uno de los inocentes vestidos que solía ponerme. Recoloqué a un lado mi larga melena lacia que se había alborotado con la brisa de agosto y me levanté alarmada.

—Mamá, creo que acabo de ver a nuestros vecinos —le dije apabullada tras entrar en casa saltando obstáculos con los pies descalzos.

—¿Sí? ¿Y qué tal son?

—Es horrible, mamá, creo que son *skinheads*, o si no, deben de ser *harekrisnas* o algo de eso. Tienen la cabeza rapada y conducen una camioneta.

—Bueno, no fantasees otra vez, Sissi. Estamos en Estados Unidos, aquí mucha gente conduce camionetas.

—Sí... supongo que en Arkansas, pero no en Connecticut —le repliqué nada convencida.

Mi madre dejó en el suelo un montón de paños de cocina y se acercó a mí con la sonrisa ladeada.

—Venga, inténtalo —me reclamó con ambas manos y un gesto de autoconfianza.

—Oh, déjalo, mamá. No voy a atacarte.

Mi madre se había pasado los dos últimos meses, antes de venir a Estados Unidos, en clases de defensa personal a petición de la abuela. La idea de que nos viniéramos al escenario principal de los crímenes de todas las series televisivas era devastadora para ella, y con aquel cursillo creía que podría protegernos hasta que papá regresara del trabajo.

Mamá hizo dos llaves marciales al aire y dijo convencida de sí misma:

—Nuestros vecinos no podrán conmigo. De todas formas, cuando todo esto esté en orden, nos acercaremos a presentarnos. ¿No es eso lo que hacen aquí? Les haré un *pudin* o alguna especialidad inglesa. ¿Qué te parece?

—¿¡No hablarás en serio!?! —dije escandalizada.

—Ya veremos. Ahora sube y ponte las zapatillas, aún pueden quedar por el suelo trozos de cristal del jarrón que se rompió.

Fui a mi cuarto negando con la cabeza, pero escondiendo una sonrisa. Aquello no era lo que había imaginado cuando los del banco trasladaron a papá y me dijeron que dejábamos Inglaterra. Pensé que estaríamos en una calle residencial, con vecinos sonrientes y un guarda de seguridad haciendo rondas en su coche. En realidad, era mucho mejor: era salvaje.

Los días se fueron sucediendo mientras descubría nuevos rincones de la casa a medida que el contenido de las cajas tomaba posesión de su espacio. A mi madre se le olvidó la ridícula idea de acercarse a casa de los vecinos, cosa que agradecí profundamente, y yo solo tuve que preparar mi mente para el primer día de clase en la Greenwich Academy.

Recuerdo a la perfección que aquella mañana deseé tener una hermana gemela, alguien que me acompañara de la mano hacia el interior de los pasillos bulliciosos. Nenne no contaba, ella comenzaba en Columbia en unas semanas y a pesar de ofrecerse a llevarme al instituto el primer día de clase, cuando me dio el beso de despedida a través de la ventanilla del coche, junto con un pellizco en el trasero al girarme, tuve que enfrentarme sola al peligro. Aquel primer día lo marcaría todo. Si salía bien, pasaría unos magníficos tres años. Si por el contrario no caía en gracia a mis compañeros... No quería ni pensarlo.

—Solo tienes que menear mucho ese culo respingón cuando pases cerca de los chicos y saludar con seguridad a las arpías —me dijo mi querida hermana.

Sí, claro. Así de fácil.

Las primeras veces. Esas emocionantes primeras veces que me inspirarían para componer tantas canciones a lo largo de mi vida...

Recuerdo que comencé con clase de arte y sentí que era una buena señal. Me senté junto a una chica con brakets que sonreía mucho, más incluso que yo aquel día, y os aseguro que mis sonrisas eran insuperables obedeciendo a las indicaciones de mi hermana. Por norma general, a las que llevan aparatos no les gusta abrir la boca, pero Graiden Ryan era diferente. No se rio de mi refinado acento inglés y me presentó a su grupo de amigas en el comedor: Jordyn Decker, una alocada rubia que vestía como Madonna en los ochenta; Kitty Berger, una adorable ratita de biblioteca que se ofreció a ayudarme a estudiar, y Caroline Bassile, la que hacía que unos diminutos pendientes de brillantes lucieran de forma espectacular en sus orejas ya que, sin duda, era la más guapa del instituto. Además, Caroline tenía un hermano mayor en el equipo de fútbol, el guapísimo Garret, y eso era como tener un pasaje gratis al paraíso del adolescente. Gracias a él todos los chicos mayores las conocían y tenían la fortuna de no pasar desapercibidas.

Estoy segura de que aquella buena estrella no me la proporcionó ni mi mejor sonrisa ni el vaivén de mis caderas, sino aquel estupendo sitio en clase de arte junto Graiden. Además, jamás habría pensado que en mi primer día de clase me presentarían a Mike Marrone, el atractivo amigo de Garret y delantero del equipo, y que este me enseñaría a usar el candado de mi taquilla.

—¿No tenéis de estos en Inglaterra? —Acudió a mi rescate cuando me vio inmóvil, con la mirada fija en el candado.

Había entrado en estado de pánico. No sabía cómo funcionaba y podía sentir las miradas de los alumnos en mi nuca. Entonces, él, que tenía su taquilla al otro lado del pasillo, se acercó sonriente y me pidió la combinación que me habían proporcionado en secretaría. El candado hizo clic con facilidad y mi taquilla se abrió.

—Ahora deberías cambiar la clave, eso... o podré abrirla cuando quiera y cogerte prestado, por ejemplo, un poco de rímel. —Mike cogió el pincel olvidado por la propietaria anterior de la taquilla y me lo ofreció.

—Sí, la cambiaré. Pero de todas formas, en agradecimiento, cuando necesites un retoque en las pestañas o lo que sea, no dudes en pedírmelo.

Mike se rio y se marchó en un parpadeo.

Regresé a casa en el autobús, mi madre me esperaba con mil preguntas y un delicioso pastel de carne que se cocía a fuego medio dentro del horno. Tras contestar lo esencial, me escabullí escaleras arriba. Aún le quedaban al día un par de horas de luz, mi cuarto estaba ordenado y no tenía deberes, por lo que me acomodé en el banco bajo la ventana, la abrí de par en par y compuse una canción sobre aquella primera vez: novata en un instituto americano. Recuerdo que las notas brotaban con facilidad de mis dedos y las palabras encajaban a la perfección en cada compás.

Escuché un ruido y corté el acorde posando la palma de la mano sobre las cuerdas.

—¿Quieres algo, mamá? —le pregunté en voz alta como si la casa careciese de paredes.

—No te he dicho nada, Sissi —contestó mi madre de igual manera.

Agudicé el oído... solo había silencio, el ulular de la suave brisa y ¡un acorde bien afinado a lo lejos! Me puse en alerta, estiré el cuello

y miré hacia el bosque en el intento de descubrir el lugar del que procedía el sonido. Unos ojos, ¿acaso llegué a ver unos ojos? Finalmente, me convencí de que se trataba de un ciervo o de cualquier otro animal que habitaba en mi vecindario. No obstante, cerré la ventana, dejé la canción a medias y bajé a la cocina para pedirle a mi madre que adelantara un poco la cena y viéramos juntas *The Voice*.

Mis siguientes días de instituto rozaron el aburrimiento, lo que en cierto modo fue agradable. Cambiar de país, de casa, de instituto y de amigos podría haber sido una pesadilla, o incluso el infierno terrenal. Mi aburrimiento, en cambio, no era ninguna tragedia, sino una forma de definir un día normal y corriente.

Mi profesora favorita era miss Sherwin, de literatura. No solo nos invitaba a rondas de helados si nos portábamos bien en clase y leíamos durante la semana, además tenía una frase que no voy a olvidar nunca: «No temáis equivocaros, ¡Edward Nairne inventó la goma para borrar los errores!»

No me pude librar de las tres horas diarias de deporte obligatorio. Me parecía injusto que no consideraran la opción de validarme la creatividad por las aptitudes físicas, pero así era el instituto. Superé las pruebas para entrar en el equipo de voleibol y allí estaba. Las chicas eran majas, pero se tomaban muy en serio todo lo referente a los partidos: las reuniones, el espíritu de equipo... hasta el tiempo de calentamiento parecía sagrado. Recibí más de un balonazo por estar mirando hacia las gradas o tener la cabeza en una insistente y avasalladora melodía.

Cada tarde, al llegar a casa, subía las escaleras como si mis Vans tuvieran alas y desfogaba mi desesperación a voz en grito. En varias ocasiones volví a escuchar acordes entre la arboleda, pero terminé pensando que se trataba de algún tipo de eco.

Eso fue lo que imaginé a lo largo del primer mes, hasta que un día, a mi regreso de otra agotadora sesión de golpes en todas las partes del cuerpo con el balón de vóley, mi madre me sorprendió con aquel paquete.

—Ha llegado esto para ti.

En un primer instante pensé en un posible regalo de la abuela, pero... no había remitente, solo ponía «*Sissy*» con una caligrafía estirada y algo inclinada que no era capaz de reconocer.

Abrí el paquete delante de mi madre, que esperaba con intriga mientras agitaba el plumero como si estuviera quitándole el polvo a la pared, porque en realidad no le estaba dando al cuadro colgado ni de cerca.

En el interior había un CD rotulado «Máster 1». Me encogí de hombros y se lo mostré a mi madre; ella abandonó las fingidas labores de limpieza.

—¿No pone nada acerca de quién te lo manda?

—*Nop* —negué muerta de curiosidad.

—Trae aquí que lo mire yo primero... Vete a saber si no es de algún psicópata o pervertido y contiene cosas desagradables. Tenemos que conservarlo bien como prueba. Quizá deberíamos habernos puesto guantes antes de tocarlo...

Se lo quité de las manos, desesperada por su psicosis.

—Déjame, lo pondré en el ordenador y vemos juntas qué es...

Lo engarcé en la punta de mi dedo índice y lo deposité en la platina del ordenador familiar, el que mi padre insistía que estuviera en el salón para uso y disfrute de todos (o para controlar sin problemas por dónde se me ocurría navegar).

—Es un archivo de sonido —informé y el dedo me tembló antes de pulsar el *play*. Aún recordaba los dos meses de pesadillas que me había producido ver *The ring* en casa de Steph a escondidas de nuestros padres.

Y en ese instante, en cuanto la primera nota sonó, mi vida cambió. Bueno, no cambió precisamente en ese segundo, pero fue algo que sin duda me dirigió hacia el destino que me esperaba.

—¡Es mi canción! —chillé.

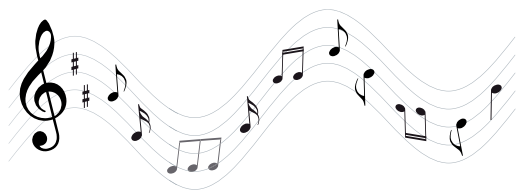
—¿Qué canción? —preguntó mi madre atónita.


—Mi canción, la que compuse la otra semana, la que llevo cantando sin parar los últimos días.

Empecé a encajar con voz tímida las palabras en cada acorde salido de los altavoces de la computadora.

Era una maqueta perfecta, con la base rítmica, el compás del bajo, la melodía de la guitarra acústica y hasta pude distinguir algunos acompañamientos electrónicos suaves pero bien marcados.

¡Mi canción! Pero, ¿cómo? Y lo más inquietante... ¿quién?





TRACK 2:

WHO ARE YOU?

El misterio quedó relegado a un segundo plano. No es que no me intrigara saber quién era el artífice de aquella maravilla musical, es que la alucinante sensación de escuchar una y otra vez una composición mía convertida en «canción de verdad» lo eclipsaba todo. La reproducía una y otra vez para expandir mis pulmones al máximo hasta que mis padres llegaron a un punto sin retorno:

—Sissi, por lo que más quieras, ¡cállate un rato!

Era fabuloso, bueno... que me mandaran callar era frustrante, pero me recuerdo con un subidón inaguantable. Ponía el volumen al máximo y me imaginaba en un enorme escenario, enfocada por luces de colores y con mi guitarra colgada al hombro. Hasta que algo dentro de mí prendió y empecé a desear que mi voz se solapara a la creación musical.

No entender ni lo más mínimo de informática no me parecía un problema, no había nada que no se pudiera aprender con paciencia y constancia. Sin embargo, la logística para conseguir mi sueño era más complicada.

Logré que mi padre me acompañara a Walmart para preguntar qué programa informático y qué tipo de aparatos necesitaba para crear un pequeño estudio de grabación en casa. Lo cierto es que mi padre disfrutaba con todo aquello y pude ver cómo sufrió al no poder costeármelo.

—El alquiler de la casa es un peso pesado, Sissi... quizá poco a poco, para Navidad, podamos montarte ese estudio —me decía con sutiles apretoncitos en el hombro cubierto por mi larga melena.

—Buf... ¿has visto lo que suma todo esto? Querrás decir para las navidades de dentro de cuatro años... Micro, mesa de mezclas, auriculares... hasta necesitaría una guitarra acústica para poder grabar decentemente —suspiré hundida.

—Nunca se sabe, quizá tu misterioso amigo dé la cara y no necesites comprar nada, está claro que él dispone de todos los medios necesarios.

No confiaba en eso para nada. Si aquella persona hubiese querido que nos conociésemos, a esas alturas ya habría hecho su aparición. De todas formas, mi padre tenía razón, así que, cuando superé el golpe y mi primera maqueta estuvo al borde del desgaste, volví a cantar en el porche con la esperanza de que el proceso se repitiera.

Y así fue. A los pocos días volví a escuchar aquellos acordes entre el ramaje, aquellos acompañamientos armónicos perdidos en un lejano eco; y aunque estuve tentada de introducirme en el bosque para buscar al culpable, me contuve depositando toda mi confianza en recibir un segundo paquete. Cada día, al llegar del instituto, corría como una liebre hacia el buzón. Encontrarlo vacío solo me hacía cantar con más ahínco hacia el bosque, ya que mientras él siguiera respondiendo con armonías a lo lejos, sabía que tarde o temprano llegaría mi ansiado paquete.

Tres semanas más tarde entré en casa dando gritos de alegría y mi madre no tuvo que preguntarme el motivo. Tenía en mi poder el CD «Máster 2».

—¡Es flipante, mamá! Mira, ahí ha metido un puente hacia el estribillo genial. ¡A mí no se me habría ocurrido y es perfecto!

—Desde luego, quien sea el artífice entiende de música, pero sigue siendo raro el temita este de los envíos secretos. Si no fuera por toda esa felicidad que emanas, ya habría llamado a la policía.

¿Felicidad? Era mucho más que eso, ¡era tan emocionante y misterioso! No entendía por qué la persona que hacía las maquetas se mantenía oculta, pero lejos de molestarme su anonimato, deseaba que aquello continuara.

Al margen de eso, mi vida en el nuevo instituto evolucionaba y había conseguido pertenecer a un grupo de manera oficial. En Essex éramos Steph y yo únicamente, un dúo unido por la casualidad y el momento. Ambas disfrutábamos saliendo a pasear en bicicleta o con cosas simples como hacernos trenzas en el pelo o leer juntas la revista de música *TeenBeat*, mientras el resto de chicas se preocupaban por maquillarse para que los compañeros de clase acneicos y neuronalmente hormonados se fijasen en ellas. Reconozco que juntarme con mis nuevas amigas americanas hizo que yo también comenzara a interesarme por el maquillaje, pero es que los chicos distaban mucho de ser como los que había dejado atrás.

—¿De veras me estás invitando, Jordyn? —pregunté incrédula.

—¿¡Cómo no te va a invitar, Sissi!? Eres nuestra mejor rematadora —dijo Graiden con aquella risita metálica, excitada y contagiosa.

—No sé, llevo poco tiempo con vosotras, ni siquiera sé si es de fiar —elevé una ceja de forma cómica—. Sinceramente, creo que Jordyn no está bien de la cabeza. Mírala, se pone cosas raras en el pelo.

Todas miraron hacia la cola de caballo que esta se había hecho en lo alto de la cabeza y de la que colgaban lazos de algodón en diferentes tonos.

Jordyn me sonrió con malicia y robó una cucharada de mi helado de yogurt.

—Lo que pasa es que tú no te enteras porque vienes de un planeta lejano con reina y todo, ahora se lleva el estilo de los ochenta.

—Sí, claro, el de la neurona cardada —apuntillé, y todas nos echamos a reír llamando la atención del comedor al completo.

En realidad, todas aquellas bromas no eran más que un disfraz. Sentía pavor al pensar en aquella primera fiesta. ¿Qué debía ponerme?, ¿terminaría sola en una esquina mientras todas (que se conocían desde hacía años) compartían confidencias y ganchitos? O peor aún: ¿vendrían chicos? ¿Vendría Mike?

Mi vida en las últimas semanas se había reducido a esperar que pasaran las horas del instituto para salir corriendo hasta casa y reconocer los acordes afinados de mi amigo secreto entre la arboleda, más allá del jardín.

No era la mejor rematadora del equipo de vóley, simplemente era la más alta. Había buena sintonía entre las chicas y yo a la hora del comedor, pero básicamente era porque seguía el consejo de mi hermana y sonreía todo el rato mientras ellas rememoraban viejas anécdotas en las que yo obviamente no estaba.

Luego estaban Mike y su sonrisa... lejana. Siempre amable, siempre sonriente, pero a cuatro mesas de la mía y a diez taquillas. Me moría por volver a cruzar dos palabras con él y, al mismo tiempo, me entraban sudores fríos al pensar en una fiesta en la que él tuviera el tiempo suficiente de descubrir lo insulsa que era.

Por fortuna, mi hermana no había podido llevarse toda su ropa a la residencia de estudiantes y pude rescatar un vestido de los que ella se ponía para salir con sus amigas por Essex. Rebuscar algo adecuado en mi armario era inútil, no había nada más que vestidos sosos, camisas demasiado dulces y jerséis de algodón. Según Nenne, yo aún no había abandonado la etapa «monopatín mental», así la llamaba ella. Y tenía razón, hasta entonces no había tenido ningún motivo para pensar en mí misma como alguien en quien un chico pudiera fijarse, pero ya empezaba a desearlo.

Y allí estaba yo, un sábado frente a una de las mansiones más in-

creíbles de Greenwich coronada por el sol brillante de la tarde, con temblor en las piernas y la mejor sonrisa de mi madre esperando a que nos abrieran la puerta. Ella estaba emocionada, a lo largo del trayecto me había repetido unas diez veces lo guapa que estaba y me daba instrucciones sobre cómo no ponerme nerviosa. Según ella, el truco era ser yo misma, como si eso fuera una garantía de éxito. A mí aquello más que calmarme, me estresaba. La madre de Jordyn nos abrió la puerta y a continuación se sucedió un intercambio de cordialidades que terminó con la promesa materna de que me recogería a las ocho.

Yo era puntual, por lo que aún faltaba mucha gente por llegar. Me agarré a un vaso de Pepsi y desplegué mis mejores sonrisas al grupo de vóley. A los pocos minutos recibí una bendición divina y sentí que, después de todo, podría pasarlo bien en aquella fiesta.

—¡Voy a estrangular con mis propias manos a mi hermana! —bufó la anfitriona—. ¡Megan se ha llevado mi iPod! Tenía una selección con canciones guais para la fiesta y la muy asquerosa me lo ha quitado por no dejar que se quede.

—¿Dónde está? Podemos ir a por él —le preguntó Claire siempre dispuesta a una buena recepción.

—Imposible, está en Newport con su equipo de tenis. ¿Cómo voy a dar una fiesta sin música? ¡Y la gente está llegando ya!

—¡Pero si tienes una colección alucinante de música! —exclamé yo, que llevaba un buen rato leyendo ensimismada los títulos de los álbumes que llenaban un mueble de CDs.

Jordyn me miró con cara de extraterrestre antes de elevar sus manos interrogantes:

—¿Y qué hago, me paso toda la fiesta pinchando como un DJ en lugar de disfrutar y atender a mis invitados?

Su desesperación se había trasladado a su labio inferior en forma de temblor y pensé que o se soltaba el botón de su hiperapretado pantalón de cintura alta o terminaría por desmayarse.

—Lo haré yo, seré tu DJ —me ofrecí encantada, ahí estaba mi oportunidad de salir airosa de aquella fiesta llena de gente extraña entre la que aún no me sentía una más.

—Eso sería genial, pero no creo que aquí haya nada decente. Todo esto que ves son CDs de mis padres, música prehistórica. —Jordyn se desplomó en el mullido sofá de piel marfil y el resto la imitó.

Volví a examinar la colección y reconocí al menos dos docenas de grupos.

—Tan prehistórica como las hombreras de tu camisa vaquera, es música de los ochenta. ¡Es genial! ¿No lo ves? Es tu casa, tu fiesta, tu estilo. —Abrí uno de los CDs y dejé que *Baby, I don't care* de Transvision Vamp irrumpiera con su electrizante comienzo en los altavoces de la casa.

Las chicas se miraron atónitas, quizás era la primera vez que la escuchaban, pero todas se pusieron en pie a aullar agitando sus melenas. Yo conocía todos los grandes éxitos de aquellos grupos gracias a mi padre. En mi casa siempre había música de fondo y nuestros viajes en coche parecían clases magistrales de música de los setenta y ochenta.

—¿De verdad que no te importa pasarte aquí pegada toda la fiesta? —me preguntó Jordyn con un brillo esperanzador en la mirada.

Me puse frente a la estantería y alcé los brazos hacia ella.

—¿Estás loca? Mira lo que tienes aquí, ¡es el paraíso! ¡Me lo voy a pasar en grande!

Continué con *Dancing with myself* de Generation X y, en cuanto sonó *Crash* de Primitives, la gente se vino arriba y empezó a bailar por el enorme salón. De vez en cuando venían a reponerme el vaso de Pepsi o me levantaban el pulgar desde lejos, y la verdad es que tuve una estupenda fiesta solitaria en mi rincón musical.

Desde mi posición privilegiada pude descubrir que Kitty le ponía ojitos al hermano de Caroline, pero que este enlazaba su mano con

una chica que tenía toda la pinta de ser modelo de Victoria's Secret. Graiden saltaba de un grupo a otro repartiendo alegría y Jordyn posaba en divertidas fotos que Caroline hacía con su teléfono junto a sus invitados. Sin embargo, a él no lo vi venir y al oír mi nombre, con aquel brusco acento americano demasiado cerca de mi oreja, di un respingo que me hizo desmontar una torre de CDs apilados.

—¡No te muevas! —me alertó Mike justo antes de cogerme en volandas con un rápido gesto que me recolocó a medio metro—. Estabas a punto de pisar a George Michael.

Estaba eclipsada por su sonrisa confiada, por ese mechón oscuro que se escapaba de un pelo perfectamente engominado, y el cosquilleo que había sentido en ese vuelo fugaz entre sus manos aún me recorría el cuerpo de forma frenética.

—Gracias, supongo.

Se agachó para ayudarme a recoger el estropicio mientras se reía al mirarme.

—¿Te parece divertido ir tirando las cosas por ahí? —le dije después de recogerme el pelo tras las orejas para poder ver bien su cara.

—En realidad las has tirado tú misma, no pretendía asustarte con un simple saludo.

—Es cierto, me has asustado, no te vi venir, así que da gracias de que no te haya estampado el teclado en la cabeza —bromeé.

Mike puso el montón de CDs junto al ordenador y volvió a reír con la mirada fija en mí.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —le pregunté con la risa contagiada y algo de rubor en las mejillas.

—Es que eres muy divertida.

Garret lo llamó a lo lejos y me dejó con una sonrisa bobalicona en los labios y la sensación fugaz de que era alguien especial. Sí, fue fugaz, porque al minuto vi cómo se acercaba por detrás a Jordyn y la saludaba de igual forma, casi rozando su oreja.

A las ocho en punto, como buena británica, mi madre apareció para llevarme de vuelta a casa. Aún quedaba bastante gente en la fiesta, los padres de Jordyn acababan de pedir pizzas, pero yo no tenía opción de renegociar la hora de recogida. Lamenté tener que marcharme, pero en esos casos mis padres eran implacables, así que me despedí y miré con resignación al chico de las pizzas al que cedí mi lugar en la entrada de la casa.

Di un par de pasos y tuve que girarme, ¿era él? Esos ojos...

El repartidor giró bruscamente sus talones y hundió la cabeza entre los hombros, mamá me apremió para entrar en el coche y no pude comprobar mis sospechas. Esos ojos... los había visto antes en la parte trasera de una camioneta y apostaba que también entre las ramas de los árboles.

